

BORGES Y EL MAR

Ricardo Jolly



Jorge Luis Borges
por Annemarie Heinrich, 1967.
FUENTE: WIKIPEDIA

Jorge Luis Borges escribió poemas, ensayos y cuentos y, aunque el mar no sea un tema favorito en su obra, a menudo lo utiliza como recurso literario.

Fiel a su consigna de que la lectura debe ser un placer hedónico, me resultó atractiva la idea de bucear en sus poemas, aunque también en algún ensayo, en busca del mar, sus historias, mitos, leyendas y metáforas. Disfrutamos en su obra las epopeyas marineras.

Su mar es el medio donde se mueven los vikingos, su pasión escandinava; el que cruzaron los griegos para conquistar Troya; el que recorrió Ulises en su regreso a Itaca; el lugar donde habitan sirenas, piratas y seres mitológicos. Es el camino que surca el barco que lo lleva a Europa y lo trae de regreso al Río de la Plata.

En estos dos poemas, tal vez los únicos dedicados al mar, encontramos, junto a la belleza literaria, un fuerte contenido metafísico.

*EL MAR*¹

*El mar. El joven mar. El mar de Ulises
y el de aquel otro Ulises que la gente
del islam apodó famosamente
Es-Sindibad del Mar. El mar de grises
olas de Erico el Rojo, alto en su proa,
y el de aquel caballero que escribía
a la vez la epopeya y la elegía
de su patria, en la ciénaga de Goa.
El mar de Trafalgar. El que Inglaterra
cantó a lo largo de su larga historia,
el arduo mar que ensangrentó de gloria
en el diario ejercicio de la guerra.
El incesante mar que en la serena
mañana surca la infinita arena.*

*EL MAR*²

*Antes que el sueño (o el terror) tejiera
mitologías y cosmogonías,
antes que el tiempo se acuñara en días,
el mar, el siempre mar, ya estaba y era.
¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento
y antiguo ser que roe los pilares
de la tierra y es uno y muchos mares
y abismo y resplandor y azar y viento?
Quién lo mira lo ve por vez primera,
siempre. Con el asombro que las cosas
elementales dejan, las hermosas*

El Capitán de Navío Ricardo Jolly es perito naval en navegación, Capitán de Ultramar, Capitán Fluvial, práctico del río Paraná. Asimismo, es autor de numerosos artículos sobre navegación a vela. Fue jefe de capacitación marinera y embarco de la Escuela Naval. Ejerció el comando de los yates *Fortuna* y *Fortuna II*, del transporte ARA *Bahía San Blas* y de la corbeta ARA *Drummond* y de la División de Corbetas. Realizó cuatro campañas antárticas y fue distinguido con la medalla del Congreso por su participación en el conflicto del Atlántico Sur.

Cursó la carrera de Filosofía en la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca.

Se desempeñó como jefe de cubierta (1986) y segundo comandante de la fragata ARA *Libertad* (1996).

Participó de regatas oceánicas como Bs. As.-Río, Bs. As.-Mar del Plata, Las mil millas chilenas y la regata del descubrimiento "Colón 92", entre otras, como comandante del *Fortuna*.

Fue designado Agregado de Defensa en Canadá.

1 En *El Oro de los Tigres*, Obras Completas, EMECÉ, 1996, Tomo 2, pág. 494.

2 En *El Otro, El Mismo*, Obras Completas T. 2, pág. 321.

*tardes, la luna, el fuego de una hoguera.
¿Quién es el mar, quién soy? Lo sabré el día
ulterior que sucede a la agonía.*

Borges siempre nos conduce a los grandes clásicos de la literatura.

El autor, esencialmente de novelas del mar, que acaparó su atención es Joseph Conrad. En «La Fama»³, deja explícita constancia de esta devoción suya. En la obra de Conrad, el mar es el medio que sostiene conmovedores relatos, las pasiones más fuertes, los destinos más sorprendentes.

Tres son las epopeyas del mar y sus respectivos héroes presentes en toda la obra de J. L. B.: *Odisea*, *Las Aventuras de Simbad* en *Las Mil y Una Noches*, y *Moby Dick*.

En Homero, en Melville y en los relatos persas, Ulises, Ahab y Simbad comparten la gloria de eternos héroes nautas. Observa Borges que no hay afinidad más profunda que la del Ulises infernal, en Dante, con otro capitán desdichado: Ahab de *Moby Dick*. Esta, creo, es la más importante novela marinera de todos los tiempos, la «biblia de la literatura moderna», como la llama Silvia Hopenhayn⁴.

Moby Dick es, más que una novela de aventuras en los mares del sur, una obra filosófica, donde el espíritu del hombre con sus pasiones, ambiciones, temores y venganzas se manifiesta a través de su relación con el mar y sus habitantes, con Dios y la ballena blanca.

Herman Melville a los dieciocho años se embarcó en un ballenero para huir de las penurias de la vida en tierra. Conoció el mar, ese mar que hace hombres a los niños y héroes a los hombres y, uniendo su experiencia marinera a su vasta cultura y a su sensibilidad filosófica, pudo relatar, como nadie hasta entonces había hecho, todo lo relacionado con la caza de la ballena.

*Si a mi muerte encuentran algún precioso manuscrito en mi escritorio, entonces atribuyo todo el honor y la gloria a la pesca de la ballena, porque un ballenero ha sido mi Yale y mi Harvard.*⁵

Hay muchas biografías de Melville, pero ninguna que pueda equipararse a este poema de Borges que lleva el nombre del autor de *Moby Dick*.

Herman Melville⁶
*Siempre lo cercó el mar de sus mayores,
los sajones, que al mar dieron el nombre
Ruta de la ballena, en que se aúnan
las dos enormes cosas, la ballena
y los mares que largamente surca.
Siempre fue suyo el mar. Cuando sus ojos
vieron en alta mar las grandes aguas
ya lo había anhelado y poseído
en aquel otro mar, que es la Escritura,
o en el dintorno de los arquetipos.
Hombre, se dio a los mares del planeta
y a las agotadoras singladuras
y conoció el arpón enrojecido
por Leviathán y la rayada arena
y el olor de las noches y del alba
y el horizonte en que el azar acecha
y la felicidad de ser valiente
y el gusto, al fin, de divisar a Ítaca.*

Borges nos conduce a las epopeyas y héroes presentes en la literatura clásica o epopeyas y héroes presentes en la obra de J.L.B.

3 Obras Completas T. 3 pág. 323.

4 Diario *La Nación* (7/01/06).

5 Herman Melville, *Moby Dick*, Porrúa, México, 1998, pág. 83.

6 «La Moneda de Hierro» (Obras Completas T.3, pág. 136).

*Debelador del mar, pisó la tierra
firme que es la raíz de las montañas
y en la que marca un vago derrotero,
quieta en el tiempo, una dormida brújula.
A la heredada sombra de los huertos,
Melville cruza las tardes de New England
pero lo habita el mar. Es el oprobio
del mutilado capitán del Pequod,
el mar indescifrable y las borrascas
y la abominación de la blancura.
Es el gran libro. Es el azul Proteo.*

¿Algo más puede decirse sobre Melville?

Y si Borges dijo todo sobre Melville, este lo dijo todo sobre el mar en su *Moby Dick*.

Baste recordar uno solo de los tantos pasajes maravillosos de la obra. Cuando, decapitada la ballena, su cabeza, goteando sangre, cuelga izada al costado del *Pequod*, sale el capitán Ahab de su cámara y, clavándole el largo azadón de Stubb, que allí quedaba todavía tras la decapitación, colocó el otro extremo debajo de su brazo cual muleta y mirando atentamente esa cabeza le habló de esta manera:

*Habla, enorme y venerable cabeza, que, aunque estás provista de barba, por todos los sitios eres áspera como un musgo. Habla poderosa cabeza, y cuéntanos el secreto que hay en ti. De todos los que se zambullen tú has sido la que lo ha hecho a más profundidad. Esa cabeza sobre la que ahora reluce el sol se ha movido entre los cimientos del mundo. Donde nombres y armadas olvidadas se enmohecen e incontables esperanzas y anclas se pudren; donde en su asesina bodega, la fragata de la tierra está lastrada con los huesos de millones de ahogados, ahí, en esa horrorosa tierra del agua estaba tu casa más familiar. Has estado donde ni campana ni buzo jamás estuvieron. Has dormido al lado de muchos marineros, donde madres insomnes habrían dado sus vidas por poder reposar. Viste a los amantes encadenados cuando saltaron de su barco en llama, y corazón con corazón se hundieron bajo las regocijadas olas, fieles el uno para el otro cuando el cielo les parecía falso a los dos. Viste al piloto asesinado cuando los piratas lo arrojaron a medianoche desde cubierta. Durante horas se hundió en la medianoche más profunda de las insaciables fauces, y sus asesinos todavía siguieron navegando ilesos, mientras los rápidos relámpagos hacían temblar al barco cercano que había llevado a un honrado esposo a unos brazos extendidos y anhelantes. ¡Oh, cabeza! Has visto lo suficiente como para que se destrozasen los planetas y para que Abraham se convirtiese en un infiel y no has dicho ni una sola sílaba!*¹

El mar indescifrable
y misterioso.

En el Templo de Poseidón, dice Borges: *Sospecho que no hubo un Dios del Mar como tampoco un Dios del Sol; ambos conceptos son ajenos a mentes primitivas. Hubo el Mar, hubo Poseidón, que era también el Mar. Mucho después vendrían las teogonías y Homero, que según Samuel Butler urdió con fabulas ulteriores los preludios cómicos de la *Iliada*. El tiempo y su guerra se han llevado la apariencia del Dios, pero queda el mar su otra Efigie. Dice Borges: No hay una sola cosa en el mundo que no sea misteriosa, pero ese misterio es más evidente en determinadas cosas que en otras. En el mar, el color amarillo, en los ojos de los ancianos y en la música.* ■

7 Op. Cit. pág. 232.